

LAS TRADICIONES POLÍTICAS EN LOS ORÍGENES DEL PERONISMO SANTAFESINO

DARÍO MACOR

Publicado en: Darío Macor y César Tcach (editores), *La invención del peronismo en el interior del país*, Ediciones UNL, Santa Fe, 2003.

Darío Macor es Profesor de la Universidad Nacional del Litoral e Investigador del CONICET.

Introducción

La agonía de la *Argentina liberal* de la primera república, que en diferentes registros es fácil reconocer a lo largo de la década del treinta del siglo XX, ingresa en una etapa decisiva con el golpe militar de 1943. Si bien es imposible ignorar en este proceso el hito de 1930 como epicentro de una crisis del modelo de acumulación y de la dominación política, son las peculiaridades de la intervención militar iniciada en 1943 las que precipitan los acontecimientos hacia una situación terminal para esa ya vieja Argentina.

Clericalismo y militarismo se refuerzan entre sí marcando los primeros rasgos del gobierno militar y la conformación de un campo de enfrentamiento político que es fiel al clima ideológico del occidente capitalista en los años finales de la segunda guerra mundial. Bajo el imperio de este clima termina de configurarse una coyuntura crítica que alcanza su clímax en los años 1945/1946 y en la que va adquiriendo especial singularidad la movilización de los sectores populares promovida desde el Estado a partir de una activa política social. Hijo dilecto de esa coyuntura es, precisamente, el peronismo, especialmente dotado para imprimir desde entonces su particular identidad populista al conjunto de la nación.

Como se ha destacado, el fuerte enfrentamiento político y social de esos años marca un punto de resolución de la larga crisis del *consenso liberal*,¹ que había dado cimiento y cauce al proceso de construcción de una nación moderna, y su desplazamiento por un nuevo horizonte político ideológico ordenado por el paradigma católico.² Sin embargo, insistiremos aquí en señalar que este pasaje de la Argentina liberal a la Argentina populista está cargado de zonas grises, cuya atención permite iluminar mejor la complejidad de una realidad social en transformación, con elementos constitutivos múltiples y que responden a tradiciones diversas y hasta contradictorias. Tradiciones que son reprocesadas al ritmo febril de los acontecimientos de esos años marcados por un antagonismo político y social cada vez más excluyente.

Como resultado de ese denso proceso, el surgimiento y la consolidación del peronismo vinieron acompañados de un quiebre en una larga tradición en las formas de hacer y entender la política, predominantes hasta 1943. Pero, simultáneamente, el peronismo fue adquiriendo los atributos que definirían su identidad en un diálogo conflictivo con las tradiciones políticas e ideológicas que le precedían, capturando parcelas diferentes de éstas que eran resignificadas por su ubicación en una nueva constelación de ideas y argumentaciones.

En este punto es oportuno detenernos brevemente. Las representaciones colectivas que el Estado peronista propondría a la sociedad para definir el sentido de la *Nueva Argentina* –cuya construcción justificaba el lugar privilegiado que el peronismo se asignaba en el proceso histórico– se construían poniendo en diálogo a diferentes tradiciones políticas y culturales, muchas de las cuales hasta entonces se habían presentado como irreconciliables. Las diferentes tradiciones que eran convocadas en esta operación destacan lo poco disruptivo que se presentaba el peronismo con respecto al pasado y justifican en mucho el éxito alcanzado. Dicho de otra manera, su propuesta de una representación alternativa a la tradi-

¹ Cf. Plotkin, Mariano: *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1994.

² Zanatta, Loris: *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Buenos Aires, 1996; y *Perón y el mito de la nación católica*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

ción liberal facilitaba la recepción social al activar, desde sus matices, nociones e imaginarios con los que los interlocutores estaban familiarizados.

Sin embargo, la irrupción del peronismo en la política argentina significó un quiebre político y cultural que sólo puede explicarse desde la novedad que impuso su emergencia y el carácter disruptivo con el que construyó su lugar en la escena política nacional. En el marco de la argumentación que estamos desarrollando, la principal novedad que acarrearía el peronismo en las tradiciones políticas residiría en la invención de una tradición de mezcla que, presentándose como una nueva matriz para pensar la sociedad y la nación, modificaba el sentido de los diferentes retazos de tradiciones que tomaba como insumo para construir una nueva representación colectiva.

Desde ese punto de partida, atendemos aquí al proceso de construcción de la identidad peronista recortando nuestro análisis sobre el campo político ideológico y un espacio, el distrito santafesino, cuyas particularidades dotan de mayor significación a ese campo de análisis. Reconoceremos tres canteras principales en la provisión de núcleos ideológicos al peronismo en su etapa formativa: las tradiciones construidas por el nacionalismo, el radicalismo y el activismo católico. Rastreamos cada una de ellas a la par del proceso histórico, en el convencimiento de que el lugar de estas fuentes en ese proceso contribuye a explicar su incidencia en la configuración de la matriz peronista.

La tradición nacionalista

El nacionalismo integrista proveía al golpe militar de 1943 de uno de sus principales rasgos ideológicos. La impronta nacionalista es muy fuerte en la primera mitad del gobierno militar, hasta finales de 1944, para decaer luego, en 1945/1946, cuando los diferentes grupos nacionalistas se refugian en un espacio político más acotado, que les permitirá sobrevivir en torno del poder aunque debiendo resignarse a un papel mucho menos relevante que el soñado en los años iniciales. En esa primera etapa del gobierno militar, se va definiendo un campo de conflicto en clave político-ideológica que delimitará con cada vez mayor precisión las fronteras entre la oposición y el gobierno. La acción política impulsada por los sectores nacionalistas es decisiva en esa definición y, a pesar de su decadencia en los años finales del gobierno militar, marcará un cauce a la evolución de los acontecimientos políticos posteriores del que no podrá escapar el peronismo emergente.

El nacionalismo libra su principal "cruzada" en el área educativa del poder nacional, que termina por homogeneizar, en octubre de 1943, cuando Gustavo Martínez Zuviría pasa a controlar el ministerio e impulsa una fuerte intervención clerical en la educación con la imposición de la enseñanza religiosa en las escuelas y la intervención masiva de las universidades nacionales para "terminar con el reformismo y limpiar de comunistas la universidad".³

En los distritos provinciales la cruzada nacionalista tiene múltiples matices, de acuerdo con las realidades locales y motoriza en general las segundas líneas de gobiernos casi siempre encabezados por figuras militares escasamente significativas. En el caso específico de la provincia de Santa Fe, su intervención se produce en un terreno de crisis político-ideológica particularmente abonado en las décadas anteriores.

En efecto, Santa Fe ha conocido fuertes enfrentamientos político-ideológicos a partir de las resistencias ofrecidas por la iglesia católica frente a los procesos institucionales promovidos en nombre del liberalismo. En la segunda mitad del siglo XIX, como parte de un

³ Hemos analizado en otro trabajo la intervención nacionalista en el campo educativo provincial, aquí sólo consideraremos algunas cuestiones en función del análisis que privilegiamos en esta oportunidad. La operación política del nacionalismo integrista puso su mira en la cuestión educativa, especialmente en las casas de estudios superiores donde debía formarse la elite dirigente y que veían como una de las fuentes principales de la decadencia nacional. Los tonos y las modalidades que adquirió el conflicto universitario en este período del gobierno militar marcarán fuertemente la relación de la universidad con el poder político, no sólo en los momentos cruciales que desembocan en las elecciones de febrero de 1946, sino durante el largo reinado del peronismo. Cf. Macor, Darío e Iglesias, Eduardo: *El peronismo antes del peronismo. Memoria e historia en los orígenes del peronismo santafesino*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1997.

fenómeno que tendrá alcance nacional; en los años veinte y treinta del siglo XX, como un caso más específicamente local, a partir de los intentos de reforma de la constitución provincial. La frustrada experiencia de reforma de 1921 da lugar a un agudo conflicto entre los representantes del reformismo liberal –donde tienen un rol preponderante el partido demócrata progresista y algunos sectores del radicalismo– y el tradicionalismo católico. Diez años después, el demoprogresismo logra consagrar a Luciano Molinas como gobernador de la provincia teniendo como principal bandera electoral la recuperación del proyecto reformista de la década anterior. La campaña electoral y la llegada de Molinas a la Casa Gris vuelven a activar este conflicto entre tradicionalismo católico y liberalismo, que llevará al flamante gobierno provincial a un duro enfrentamiento con la iglesia por los contenidos de la reforma constitucional impulsada por el poder ejecutivo.⁴

Este escenario tan propicio para el conflicto político-ideológico en clave liberalismo-catolicismo carga de una fuerza especial a la acción que los grupos nacionalistas emprenden con la intervención militar de 1943; tanto por la simpatía que despierta en sectores que ven en esa acción política la oportunidad de la revancha, como por los temores y reservas de aquellos otros que confirman con ella los parecidos de familia del gobierno militar con el fascismo europeo.

Con la intervención de la provincia de 1943, los sectores nacionalistas pasan a ocupar importantes cargos en el poder gubernamental, especialmente en dos frentes que habrán de atender con celo: el educativo y el gremial. José M. Rosa(h) controla la dirección del Consejo General de Educación; mientras desde el gobierno nacional se decide la intervención a la Universidad Nacional del Litoral, designando como rector a Jordán B. Genta.⁵ Paralelamente, Rodolfo Vigo se hace cargo de la dirección provincial de trabajo. Aunque, obviamente, estas tres figuras no expresan todos los matices del nacionalismo local, pueden resultar suficientes –especialmente por los roles políticos que asume cada una de ellas– para dar cuenta del conjunto.⁶

José María Rosa(h), designado como presidente del Consejo General de Educación de la provincia, es un *notable* del nacionalismo local. Su relación con el medio santafesino es de larga data. Había llegado a la provincia como funcionario de la intervención uriburista de 1930 que tenía en la provincia de Santa Fe un especial favoritismo por el partido de Lisandro de la Torre del que Rosa era un cuadro político. Realiza entonces una experiencia en la justicia como Juez de Instrucción, cargo del que se alejaría, a poco andar el gobierno de Molinas, en medio de un escándalo político que precipitó la fractura del partido de gobierno. Desde entonces careció de una estructura estable para su actividad política –lo que no significó su alejamiento de las contiendas electorales ni de los pasillos del poder– y volvió a ser funcionario en el gobierno de Iriondo en la segunda mitad de la década.

⁴ Macor, Darío: *La reforma política en la encrucijada. La experiencia demoprogresista en el Estado provincial santafesino*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1993; y “Una república liberal en los años treinta? La experiencia demoprogresista en el Estado provincial santafesino”, en Ansaldi, Waldo et al. (editores): *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria*, Biblos, Buenos Aires, 1995.

⁵ La importancia de la UNL y las características específicas de la Intervención Genta amplifican el conflicto que se suscita con esta intervención, que anticipa en realidad lo que sucederá poco después en el conjunto de las universidades nacionales. La demanda por la intervención a la universidad es definida primero desde lo local, reproduciendo el conflicto liberalismo-catolicismo al que ya hicimos referencia. La campaña por la intervención es promovida en el ámbito local por el diario *La Mañana*, vocero del episcopado.

⁶ Rodolfo Vigo es trasladado de un cargo de menor jerarquía en el interior de la provincia a la Dirección Provincial por recomendación del mismo José M. Rosa. Otras dos figuras decisivas para la consolidación del grupo nacionalista local fueron Luis Alberto Candiotti y Pagani Lanza. Candiotti, además de un reconocido liderazgo personal sobre sus pares, ocupaba un lugar tan clave para las designaciones en el Estado como la Secretaría de Gobierno Provincial. Pagani Lanza sobresalía desde su trabajo de publicista y director de medios como *El Fogón* y *El Montonero*, que funcionaban como los órganos de prensa de la agrupación y cuya prédica apuntaba a dotar a un conjunto tan heterogéneo de un discurso común frente a los acontecimientos políticos nacionales e internacionales.

Mientras tanto, había iniciado desde la ciudad de Santa Fe la construcción de una saga político-intelectual que se transformaría en su sendero de mayor futuro: precisamente en esos años '30 institucionaliza su afición por la historia y su mirada revisionista con la creación del Instituto de Estudios Federalistas. Reúne allí a un pequeño pero activo grupo que interviene en el campo político esbozando un discurso sobre el pasado nacional rupturista con las tradiciones político-ideológicas.⁷ Esta tarea se complementa con el ejercicio de la docencia en la Facultad de Derecho de la UNL en donde Rosa se siente “el único nacionalista” de su cuerpo de profesores.⁸ Las relaciones construidas por Rosa en esos más de diez años de permanencia en la provincia (siempre en torno del poder provincial) se refuerzan con las que provenían de su familia, especialmente de su padre, ministro del gobierno de Uriburu, ministro frustrado del efímero gobierno de Rawson en 1943, y conocido sostén del diario *El Pampero*, uno de los voceros del nacionalismo vernáculo. Este conjunto de relaciones le brinda a J. M. Rosa una particular influencia sobre el poder local.

La designación de Genta como rector interventor de la Universidad del Litoral tiene matices especiales, tanto por la importancia de la Casa de Estudios como por las características del personaje.

La significación política de la UNL deviene especialmente de su influencia regional, aunque su peso en el medio se hace más evidente en la ciudad de Santa Fe, sede del gobierno provincial. La ciudad capital es la sede del rectorado y de las Facultades de Ingeniería Química y de Derecho. En esta última el cuerpo docente está integrado por un número significativo de figuras políticas de renombre provincial y nacional: ex gobernadores, diputados nacionales, la mayoría de los cuales reside en la ciudad de Rosario o en la misma ciudad de Santa Fe.

Ese peso político se refuerza además por ser la universidad uno de los principales polos del conflicto ideológico de las últimas décadas, cuyo giro en torno de la cuestión constitucional enfrentaba a los sectores referenciados en la tradición liberal con aquellos que hablaban en nombre de la fe católica. En ese largo conflicto, la universidad se había transformado en una de las principales trincheras de la tradición liberal, cuya influencia se extendía más allá del espacio provincial hacia las provincias vecinas y especialmente a la ciudad capital de la provincia de Entre Ríos.

La elección de Jordán B. Genta para cambiar radicalmente el rumbo de la universidad responde a la imagen que en el ejército se tiene de su figura. Destacado miembro del nacionalismo integrista, es conocido el rol que juega en este período como “ideólogo” de las fuerzas armadas: uno de los pocos civiles con influencia directa sobre el cuerpo de oficiales. Su personalidad reúne todos los requisitos para la tarea: tiene para la universidad un proyecto global de reestructuración para terminar con el reformismo universitario y la infiltración liberal-comunista; y es un conocedor del medio (santafesino y universitario) sin pertenecer realmente a él, lo que lo liberaría de ataduras que puedan afectar sus decisiones.

Genta no es profesor universitario, aunque ha aspirado frustradamente al cargo de profesor adjunto de la cátedra de Sociología en la Facultad de Derecho en el año 1939. El lugar que se asigna a sí mismo en el campo educativo tiene epicentro en el Instituto del Profesorado de Paraná. Profesor del Instituto paranaense, desarrolla allí una actividad de intelectual militante que no ha perdido su carácter aguerrido en el pasaje del marxismo de su primera juventud al nacionalismo integrista. Su no pertenencia al cuerpo profesoral de la universidad es para Genta la confirmación de la existencia de un sectarismo que de la mano del reformismo, el liberalismo y el comunismo había llevado a la universidad al abandono de la tradición aristotélica, causa central de todos los males de una institución sin rumbo. Ese

⁷ La plena integración de los miembros del Instituto en los circuitos de socialización más tradicionales de la elite social local es una marca de origen del revisionismo, que revela las tramas de una disputa por el pasado en el seno de esa elite, cuya marginalidad en el conjunto nacional la volvía más vulnerable a una lectura simplificadora que ordenaba el pasado desde una construcción binaria depositando el polo positivo precisamente en el interior del país. La reunión en la que se funda el instituto revisionista se realiza en los salones del Club del Orden de la capital provincial.

⁸ Cf. Hernández, Pablo: *Conversaciones con José María Rosa*, Colihue/Hachette, Buenos Aires, 1978.

diagnóstico resulta determinante para su gestión que, a pesar de su brevedad, provoca una crisis que trasciende con creces el ámbito universitario.⁹

El otro polo de desarrollo del nacionalismo local tiene su epicentro en la dirección provincial de trabajo y en la delegación nacional de esa área, principalmente en la figura de Rodolfo Vigo, a cargo de la dirección provincial. Desde ese lugar, Vigo impulsa una política activa de movilización de cuadros sindicales logrando una especial presencia en el campo político local. La autonomía de Vigo con respecto a los lineamientos del Estado nacional para el campo laboral deviene en un agenciamiento en paralelas de la política dirigida al mundo del trabajo, adelantando la escisión entre la dirección provincial que él detenta y la delegación nacional, que pasa a ser controlada por agentes de la Secretaría Nacional que dirige Perón, quienes carecen de credenciales locales de peso.

Hasta fines de 1944, las políticas paralelas en el campo laboral local no mellan el fuerte accionar del nacionalismo. El control que los sectores nacionalistas ejercen en diferentes ámbitos del poder local, con aliados de importancia en sectores de la iglesia católica,¹⁰ significa para Vigo un valor agregado con el que no pueden competir los delegados laborales del poder nacional. Con la nueva orientación del poder político a fines de 1944 y el declíneo del nacionalismo en los poderes nacional y local que entonces comienza, esta situación se invierte rápidamente condenando al hasta entonces poderoso director de trabajo a un lugar secundario y, casi inmediatamente, al ostracismo político, que se revelará más duro que el de sus aliados nacionalistas del campo educativo.

En su conjunto, la intervención nacionalista en Santa Fe encuentra su límite cronológico a fines de 1944 con los cambios que desde el gobierno nacional se imponen a la política del gobierno militar. El agotamiento de su impulso desde entonces señala el fin del proyecto, cuyas proyecciones en los años siguientes no pueden satisfacer las expectativas de quienes habían ordenado su intervención política como abanderados de una lucha ideológica y cultural contra la tradición liberal-democrática.¹¹

De las múltiples dificultades del nacionalismo para orientar su acción con éxito, sobresale la imposibilidad de constituir el actor colectivo que demandaba una empresa tan ambiciosa. Por un lado, la falta de cohesión interna de los actores individuales más destacados; por otro, la incapacidad para transformarse en heredero del tradicionalismo católico en su enfrentamiento con la tradición liberal. La renovación ideológica que el nacionalismo pretende imponer plantea las mayores dificultades para las posibilidades de liderar a ese sector tradicionalista; sector que la iglesia había sabido levantar frente al anticlericalismo, pero que no parecía demasiado dispuesto a aceptar la guía y el derrotero propuesto en nombre de una restauración tan trabajosa.¹²

La tradición radical

⁹ Macor, Darío: "Del nacionalismo integrista al peronismo", en Macor, Darío e Iglesias, Eduardo: *El peronismo antes del peronismo*, op. cit.

¹⁰ Dos figuras clave en la relación nacionalismo-iglesia eran los sacerdotes Corti, director del diario *La Mañana*, y Castillejos, por entonces rector del Colegio Inmaculada. Cf. Macor, Darío e Iglesias, Eduardo: *El peronismo antes del peronismo*, op. cit., en especial la entrevista al sacerdote Luis Victoriano Dusso.

¹¹ Observado desde un ángulo estrictamente electoral la proyección del nacionalismo en las elecciones de 1946 no puede ser más precaria, y se canaliza fundamentalmente a través de los Centros Cívicos. Sin embargo, no es ésa su principal proyección sino la provisión de un conjunto de núcleos sustantivos del debate ideológico que sobrevivirá a su declíneo político.

¹² El apoyo del diario del arzobispado, *La Mañana*, resulta sustancial para el nacionalismo en los primeros meses de gobierno. Como veremos más adelante, ya en 1945 el diario católico adopta una actitud política más prudente que se extiende hasta las elecciones de 1946. Otro apoyo periodístico es el del diario *El Orden*, de la capital, cuyo tiraje es muy superior al del órgano católico. *El Fogón* y *El Montonero* son periódicos de otra naturaleza: más exclusivamente ideológicos y destinados a los cuadros militantes. Los diarios más importantes, como *La Capital* de Rosario, y *El Litoral* de la ciudad de Santa Fe, están claramente enrolados en la oposición al nacionalismo y funcionan como los representantes de la tradición liberal (en el mismo registro, *El Diario*, de la ciudad de Paraná).

A fines de 1944 Perón imprime al gobierno nacional un cambio de rumbo que condena a un segundo plano al nacionalismo integrista. Aunque se abandona la pretensión de dar la batalla en los registros elegidos por el nacionalismo, la elite estatal que se afirma en el control del gobierno provincial no podrá escapar totalmente a la delimitación impuesta al conflicto político por la acción desplegada por ese sector en la primera etapa del gobierno, sobre todo porque ese accionar integrista desde el poder facilitó la cristalización de un campo opositor, que se revelará poco permeable a los cambios oficialistas y prácticamente imposible de desarticular.

Sin embargo, a pesar de esta herencia que limitaba las posibilidades para la acción política, la nueva intervención provincial será capaz de articular un proyecto político y social de más vasto alcance, que los grupos nacionalistas difícilmente podían garantizar, tanto por los términos elegidos para el enfrentamiento político como por las características internas de su conformación como elite gubernamental.¹³

La nueva dirigencia estatal se expresa con claridad en dos figuras que controlan el poder ejecutivo provincial: el gobernador interventor Oscar Aldrey, y su ministro de gobierno, Leandro Meiners. Las relaciones profesionales y familiares de Aldrey facilitan la relación de la nueva gestión con el campo sindical;¹⁴ mientras, el ministro de gobierno se perfila rápidamente como un referente principal del poder local. El fuerte perfil político que Meiners le imprime a su Ministerio trasciende las necesidades de la gestión de gobierno y resulta fundamental para el proceso de constitución de un nuevo grupo dirigente. Esa elite se va definiendo a sí misma como grupo de poder desde un pragmatismo que, antes que exigir el abandono de las tradiciones político-ideológicas previas, facilita la convivencia de esas tradiciones sin contradecir la eficacia de la empresa común emprendida. Su bajo perfil ideológico resulta más funcional para una política de acumulación de fuerzas y facilita la delimitación de un conjunto de orientaciones comunes mínimas, más allá de las cuales toda ambigüedad puede ser tolerable.¹⁵

En la delimitación de esas orientaciones comunes, la “cuestión de la democracia”, es sin duda una de las más singulares. Con ella, la nueva elite estatal se diferencia del nacionalismo integrista que no la contemplaba en sus registros, y sale a disputarle a la oposición en su propio terreno la noción de democracia que, resignificada, puede desprenderse de la de liberalismo.

Esta disputa caracterizará el conflicto político nacional a lo largo de 1945. Cuando Leandro Meiners, desde su cargo de ministro de Gobierno, discute con el diario *El Litoral* sobre los significados de las jornadas de movilización de masas de octubre de 1945, realiza una interesante operación en la que recupera para sí el paradigma de la democracia –que asocia a la protesta de los sectores subalternos– y desliga los conceptos de democracia y liberalismo que el vespertino acaba de presentar como naturalmente unidos. Meiners actualiza así su pasado radical en la clave social del momento, refugiándose en una tradición democrática que no requiere del liberalismo como par.¹⁶

La tradición radical es una de las matrices principales en la conformación de esta elite dirigente provincial que se consolida en el año 1945. Su proyección política de cara a las elecciones de 1946 se hace notable en la formación de la junta renovadora que acompaña al partido laborista, y en las representaciones alcanzadas por las principales figuras que se reconocían en esa tradición radical. Quienes provenían de las filas del radicalismo alcanzarán una representación importante en los cargos electorales en disputa en 1946, no tanto por el caudal de votos que pueden garantizar con sus candidaturas, sino por la experiencia

¹³ Macor, Darío: “Elites estatales en los orígenes del peronismo”, en Macor, Darío e Iglesias, Eduardo: *El peronismo antes del peronismo*, op. cit. En este trabajo analizamos la conformación de esta elite estatal en la provincia y su rol en torno a la protesta social que alcanza su punto culminante el 18 de octubre del 45.

¹⁴ Aldrey se había desempeñado en los años inmediatos anteriores en la superintendencia de ferrocarriles, y su padre era una figura reconocida en el gremio ferroviario provincial.

¹⁵ Macor, Darío: “Elites estatales en los orígenes del peronismo”, op. cit.

¹⁶ Idem.

adquirida en la vida partidaria y las contiendas electorales. Destrezas fundamentales a la hora de definir las candidaturas con sus socios laboristas.

Como en el caso del nacionalismo, una breve presentación de figuras representativas de este sector nos permite recuperar rasgos significativos, que aluden a esa tradición común en el partido de Yrigoyen, a las redes familiares que cruzan los dispositivos de sociabilidad política y a los recorridos realizados en la construcción de las carreras políticas de cada uno de ellos.

Los hermanos Antille ocuparán los principales cargos legislativos nacionales en disputa en 1946. Armando, como senador, y Diógenes como diputado nacional. Armando Antille tendrá una dilatada trayectoria en las filas del peronismo y, como su hermano, podía exhibir en 1946 una larga militancia en el radicalismo.¹⁷ Armando Antille había representado al radicalismo en la Convención Constituyente provincial de 1921, e integrado el gabinete del gobierno radical de Mosca como ministro de Gobierno en esos primeros años de la década del veinte. Luego del golpe militar de 1943 integra el gobierno nacional como ministro de Hacienda, cargo que se ve obligado a abandonar cuando Perón es desplazado del gobierno en octubre de 1945.¹⁸

Alejandro Greca, miembro de una familia de no menos dilatada tradición radical, es otro actor importante de este sector en la provincia.¹⁹ Constituyente en 1921 como Antille; ministro de Gobierno del gabinete radical del gobernador Gómez Cello en los últimos años de esa década del veinte; y activo participante de la revolución radical de 1933 en Santa Fe. Su pasaje al peronismo está mediado por la militancia en FORJA. Su perfil más intelectual y su reticencia a aceptar los aspectos más autoritarios del peronismo definirán una carrera política más acotada al campo educativo: en los primeros años del gobierno peronista, se desempeña como director general de escuelas en la provincia de Buenos Aires, para refugiarse luego en el ámbito universitario, donde ocupará el decanato de la Facultad de Derecho y luego el rectorado de la Universidad del Litoral.

Más allá de la coincidente tradición radical, los Antille y los Greca habían realizado su primera socialización política en esferas educativas diferentes, cuyas marcas se perciben aún años después en las redes sociales de pertenencia y en las opciones políticas ante acontecimientos más puntuales.²⁰ Nativo del norte santafesino, Alejandro Greca había cursado los estudios secundarios en el Colegio Nacional de la ciudad de La Plata, y se formó como abogado en la Facultad de Derecho de la universidad platense. Luego de la reforma universitaria de 1918 fue uno de los impulsores de la creación de la Universidad Nacional del Litoral en donde comenzó a ejercer la docencia en la Facultad de Derecho.

Los hermanos Antille, en cambio, habían realizado un trayecto educativo bien diferente. Ambos cursaron sus estudios secundarios en el Colegio de la Inmaculada Concepción –controlado por los jesuitas en la ciudad de Santa Fe– y se formaron como abogados en la Universidad Provincial con sede en la misma ciudad capital.

La Convención Constituyente de 1921 es un punto de coincidencia, aunque no la postura adoptada frente al conflicto que se desatara entre la Asamblea y el gobernador Mosca cuando éste rechazó el proyecto constitucional aprobado por aquélla. Y seguramente lo más importante, que refleja a la vez la heterogeneidad del peronismo en construcción, es que en 1945-1946 la referencia al pasado radical tiene significados muy diferentes en correspondencia con la compleja historia partidaria en el distrito, en donde la clave yrigoyenismo/antipersonalismo es insuficiente para dar cuenta de la variedad de matices.

De esa misma Convención Constituyente de 1921, participa también en representación del radicalismo Leandro Meiners. Su trayectoria entre esos primeros años de la década del veinte y los años cuarenta es menos conocida, posiblemente absorbida por la actividad

¹⁷ Diógenes Antille, electo diputado nacional en 1946, muere dos años después.

¹⁸ Luego de su experiencia en el gobierno nacional y del rol jugado en la estrategia de Perón de cooptación de cuadros radicales, Armando Antille es uno de los candidatos más firmes para acompañar a Perón como vice de la fórmula presidencial, cargo que recayó en definitiva en H. Quijano.

¹⁹ Su hermano, Alcides Greca, participa también como convencional de la Asamblea Constituyente de 1921 en representación del radicalismo.

²⁰ Por ejemplo, frente a la creación de la Universidad Nacional del Litoral en 1919.

privada. La importancia de Meiners en la conformación de este sector que participa en la construcción del peronismo desde la tradición radical es insoslayable. Su ministerio de Gobierno es el centro neurálgico de conformación de la elite estatal que controla el proceso político en 1945-1946; desde esa función define el duro enfrentamiento político y social de octubre de 1945 en términos que guardan fidelidad con su tradición radical, inscribiendo al sujeto político emergente en un registro diferente del que habían diseñado los nacionalistas; y, como corolario de lo anterior, es el candidato a gobernador del conglomerado peronista que se impondrá con comodidad en las elecciones de febrero de 1946.

Esa tradición en la que se referencian nuestros actores y que, como se deduce de las argumentaciones de Meiners en 1945 y en la campaña electoral de 1946, no requiere del liberalismo para definirse desde el campo democrático, tiene su principal soporte en la tradición radical yrigoyenista y la cultura política plebiscitaria a la que remitía.

Sin embargo, la cantera plebiscitaria del radicalismo no es suficiente para explicar los rasgos principales del populismo peronista, su comunitarismo y la idea de orden social que se canonizaría luego como "comunidad organizada". Es su coincidencia con otra tradición lo que dotará al peronismo de sus rasgos más sustantivos y originales: otra tradición que el catolicismo ha ido definiendo en las décadas anteriores al construir un lugar de intervención política paralelo al sistema partidario.

La tradición católica

En la coyuntura de mediados de los cuarenta que estamos analizando, el activismo católico tiene ya una larga historia en la provincia. Se trata de un movimiento que reúne al clero con los laicos fieles en una clave política que se presenta como ajena al mundo de la política. Un ámbito en el que se socializaron importantes sectores alejados de la práctica de los partidos tradicionales, y que conformaron un actor colectivo cuya importancia resulta decisiva en la resolución del clivaje político social que, a mediados del siglo XX, da lugar al peronismo.

Como ya señalamos, uno de los mojones más importantes de esa larga historia es el conflicto desatado por la reforma constitucional de 1921, que se reedita a comienzos de la década del treinta cuando el gobierno demoprogresista de Luciano Molinas pone en vigencia la carta constitucional reformada en la década anterior.

Pero, el proceso en el que el activismo católico se va construyendo como un actor político tiene un mojón fundamental a comienzos de la década del treinta, cuando se organiza la Acción Católica Argentina. Esta herramienta para la organización de los cuadros de militantes laicos marca una importante diferencia en la forma en que el catolicismo se presenta en el debate político en los años treinta con respecto a la década anterior.

Apenas constituida, la Acción Católica santafesina acelera su etapa formativa con la participación en el conflicto constitucional que se extiende desde la campaña electoral de 1931 hasta los primeros meses del gobierno de Molinas en 1932. Tan particular bautismo introduce a sus miembros, casi sin mediaciones, en el territorio de la política. La proyección de la Acción Católica en esos años iniciales reproduce la organización eclesial, sus jerarquías y el orden parroquial, lo que disimula la principal novedad que su presencia, todavía débil, introduce en el protagonismo público del activismo católico: una red de sociabilidad que permite al laicado católico superar las fronteras de lo parroquial e iniciar su socialización política desde un grupo de pertenencia, cuyos lazos identitarios se refuerzan frente a la "amenaza liberal" y en diálogo con las organizaciones políticas del conservadurismo y el nacionalismo que lo acompañan en esa cruzada.

Ya en la segunda mitad de la década, en los gobiernos provinciales de Manuel de Iriondo y Joaquín Argonz, los cuadros del activismo católico incrementan su participación en el Estado provincial, en un proceso acumulativo de inserción en el poder local que alcanzará la cima con el golpe militar de 1943. Este proceso de involucramiento en el poder refleja que el activismo católico ha madurado lo suficiente, a lo largo de la década del treinta, como para tener en el gobierno militar inaugurado en 1943 una participación política muy diferente de la que había guiado su accionar hasta entonces. Maduración que es consecuencia también

de factores endógenos de la iglesia local.²¹ Veamos algunas de las notas más significativas de ese proceso.

Con la muerte del obispo Boneo en 1932 (luego de la derrota sufrida frente al reformismo que logró imponer la constitución de 1921), termina un largo reinado caracterizado por la organización de la diócesis capitalina y la extensión de la red parroquial.²² La designación de Nicolás Fasolino como su sucesor se produce en una hora de cambios en la organización eclesiástica del país, en donde en pocos años se duplica prácticamente el número de diócesis y se elevan varias de ellas (entre las que se encuentra la santafesina) a la categoría de arzobispado.

El cambio de gestión se refleja en diversos aspectos; pero, en lo que interesa para nuestro análisis sobre la proyección política de la militancia católica, no es un dato menor la decisión de Fasolino de contar con un diario católico en la provincia, a la manera de *Los Principios*, en Córdoba. Ya en 1934 el obispo se interesa directamente en el tema solicitando información al director del diario mediterráneo. Tres años después, en setiembre de 1937, *La Mañana* comienza un recorrido periodístico que se extenderá hasta octubre de 1952.

La fuerte participación del arzobispado en la creación y organización del diario, y la permanente preocupación de Fasolino por conseguir apoyo del conjunto del clero y de los fieles para sostenerlo económicamente en los 15 años de vida, revelan la importancia asignada por el arzobispado a un órgano que considera propio. Sin embargo, aunque el diario se presenta a sí mismo en el escenario periodístico como un diario católico y una parte de sus páginas se dedica a difundir el mensaje de la iglesia, el material informativo con el que trabaja refleja la intención de evitar que el predominio de lo religioso afecte su capacidad de expandirse en el mercado de lectores potenciales.²³ Las ocho páginas diarias tienen rubros informativos similares a los periódicos con los que sale a competir: política local, nacional e internacional, actividades culturales y deportivas (siguiendo al detalle las actividades del hipódromo) y publicidad. Ciertas secciones fijas apuntan sí a lo que podría definirse como mercado cautivo: las actividades de la Acción Católica, la clasificación en clave moral de los filmes que promocionan los cines de la ciudad, las declaraciones del arzobispado y las editoriales que van asociadas a esas declaraciones.

Por otra parte, la Acción Católica se ha transformado a lo largo de la década del treinta en una extensa organización, con sus concejos por rama y un gran despliegue de actividad de los jóvenes. Ya en 1937 los grupos juveniles cuentan con un pequeño periódico que refleja la intensa actividad social que la Acción Católica ofrece para ellos. La misma existencia del periódico contribuye a conformar la identidad de la rama juvenil en un plano que por ser transparroquial escapa a las jerarquías eclesiásticas inmediatas.

Como decíamos, con el gobierno militar de 1943-1946 la madurez alcanzada por el activismo católico se refleja nitidamente en el plano político. Esa coyuntura inaugurada por el golpe militar, será para los grupos católicos una prueba de fuego en más de un sentido. Por un lado, porque las posibilidades de influir o participar directamente en las decisiones del Estado serán inéditas; por otro, porque esta misma posibilidad de participación directa en el campo político expone a los grupos católicos a riesgos hasta entonces desconocidos.

La importante presencia de los sectores católicos en el gobierno provincial en el período 1943/1946 no parece haberse visto afectada por los cambios internos en el gobierno: por ese pasaje que señalamos entre una primera etapa de gobierno de predominio naciona-

²¹ Hemos atendido ya al activismo político católico local en el período de entre guerras, en Macor, Darío: "Entre Dios y el César. El activismo católico en la Santa Fe de entreguerras", en Mases, Enrique (comp.): *Historia Social*, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, 2000. Sigo aquí algunas de las cuestiones planteadas en ese trabajo.

²² Juan Agustín Boneo se había hecho cargo de la diócesis santafesina en el último año del siglo XIX. En las tres décadas bajo su dirección, la diócesis pasa de 44 parroquias a 95, que se extienden a 160 si contamos las vice parroquias.

²³ Ésta es una diferencia sustancial con ediciones anteriores del arzobispado, como el *Boletín Eclesiástico* o a la *Revista Eclesiástica*, destinadas a los allegados más fieles y recortadas sobre temas casi exclusivamente religiosos.

lista y una segunda en la que controla el poder una elite que se construye al calor del poder estatal y muchos de cuyos miembros se reconocen en la tradición radical. Lo que sí cambia significativamente de una etapa a otra es el discurso político del activismo católico: de una primera etapa en la que predomina una mirada fuertemente integrista de la mano del nacionalismo, a una segunda, más conservadora y fundamentalmente cautelosa ante la arrolladora dinámica de los acontecimientos políticos cuyo rumbo se vuelve por momentos indescifrable.

El predominio nacionalista en la primera etapa es difícil de explicar sin el fuerte apoyo brindado por la iglesia a la cruzada antiliberal, sobre todo en el campo educativo. El diario del arzobispado bien puede atribuirse haber logrado que el gobierno nacional intervenga la Universidad del Litoral designando a Genta en el rectorado, y prácticamente acompaña a diario la gestión de José María Rosa en el Consejo de Educación provincial. Sin embargo, en los momentos políticamente decisivos para la continuidad del proyecto nacionalista, *La Mañana* guarda una prudente distancia de esos “aliados naturales”, que reclaman un compromiso más explícito de la iglesia en la batalla por la “nación católica” contra el liberalismo y el marxismo. La experiencia de fuerte exposición política en la primera etapa del gobierno militar deja un aprendizaje importante para la jerarquía del arzobispado local que empieza a manifestarse con esta toma de distancia de sus aliados. Sin renunciar al horizonte de una “nación católica”, las autoridades eclesiásticas no parecen ahora dispuestas a recorrer un camino tan disruptivo como el propuesto por el nacionalismo para alcanzarla, ni a aceptar el liderazgo que la elite nacionalista se asignaba en esa nueva nación.

Con esta historia inmediata y a medida que los acontecimientos ganan en intensidad, la cautela política se impone en los diferentes grupos católicos. Esos días decisivos, de los que emergerá el peronismo, jerarquizan en los ahora encumbrados hombres del catolicismo político un interrogante demorado: por el lugar del activismo católico y de la iglesia frente a lo político, por las fronteras tolerables entre la identidad y participación política y la identidad religiosa. En el enrarecido clima político y social que antecede a las elecciones de febrero de 1946 este interrogante alcanzará toda su dimensión política. ¿Cuál es el rol que pueden jugar la iglesia y los principales núcleos organizativos del laicado católico frente a las elecciones, después de la conocida pastoral del episcopado que repetía las recomendaciones de 1931 frente al proceso electoral? Las respuestas a este interrogante son dependientes de los diferentes mecanismos de intervención política del catolicismo.

Desde el campo social, en el que la iglesia intenta ofrecer una alternativa para la organización del movimiento obrero, las organizaciones católicas en ese movimiento son permeables al discurso del candidato oficial que precisamente se presenta como la voz de los trabajadores. Sin embargo, tras ese apoyo se perciben con claridad las líneas de resistencia a la política sindical de Perón que amenaza la autonomía de las organizaciones católicas.

Los principales dirigentes de la Acción Católica, aunque puedan no terminar de aceptar las actitudes de “bombero piromaniaco” del candidato oficial, han tenido una relación muy estrecha con el poder político local desde 1943, y son parte de la elite política que se ha constituido en el seno del Estado y que encuentra en el peronismo el cauce para continuar dirigiendo a la sociedad. Miembros de la Acción Católica participan de los diferentes grupos nacionalistas locales que acompañan al peronismo en las elecciones a través de los centros cívicos; pero su presencia es también visible junto a los sectores radicales que se organizan en la junta renovadora, y como cuadros técnicos profesionales del emergente laborismo. La ACA no opina como institución, pero tampoco desautoriza a los miembros de la organización que aparecen involucrados en la campaña electoral del peronismo.

La jerarquía de la iglesia local y su órgano de prensa se refugian en el territorio de la moral para preservar la autonomía de ese movimiento católico amenazado por la cooptación del peronismo emergente. En una política sostenida en todo el proceso electoral, *La Mañana* recorre un estrecho sendero marcado por dos líneas claras: el mal menor como opción electoral y la crítica por igual a los dos bloques políticos que se enfrentan en las elecciones.

Aunque sólo explicitada débilmente, la presentación del peronismo como una opción que se justifica como el mal menor está siempre presente, sobre todo desde que el episcopado definió con claridad al enemigo en la Unión Democrática. Pero para *La Mañana*, se

trata de una opción que no puede justificarse desde argumentaciones positivas. A comienzos de la campaña electoral, el diario lamenta la actitud del radicalismo que, al conformar la Unión Democrática reuniéndose con partidos enemigos de la iglesia, deja al electorado sin opción positiva. En los tramos finales de la campaña insiste en marcar las contradicciones del candidato oficial, aunque el tono de las críticas a la Unión Democrática mantiene viva la opción del mal menor. Esta actitud del diario, de mantener distancia de la contienda electoral, continúa después de conocido el triunfo de Perón, desvalorizando cualquier interpretación de mero oportunismo político.

Frente a las tensiones que vive el movimiento católico en la hora electoral, *La Mañana* trata de preservar la cohesión y autonomía de ese conglomerado que reúne a la jerarquía eclesiástica y la militancia laica y que se ha transformado en una formidable fuerza política. Si la participación en el gobierno militar de sus cuadros laicos le ha permitido a la iglesia capturar resortes claves del poder estatal, las elecciones traen un doble riesgo: de perder lo conquistado, si triunfa la Unión Democrática; o de perder la autonomía frente al peronismo, riesgo ya palpable con las medidas adoptadas desde la Secretaría de Trabajo para con el movimiento obrero. Y en cualquier caso, el involucramiento en la lucha partidaria amenaza la integridad del movimiento católico que también contiene en su seno una porción importante de adversarios de ese peronismo emergente.

La profundidad de las tensiones vividas por la comunidad católica y la disconformidad existente en el seno de la Acción Católica con respecto al rol asumido por el arzobispado en ese proceso, estallarán luego de finalizado el proceso electoral y una vez conocidos los datos finales del escrutinio. Confirmada por el éxito electoral la estrategia adoptada por la mayoría de los cuadros de la organización, el presidente de la Acción Católica no deja pasar la oportunidad de recusar la política de neutralidad asumida por el arzobispado frente a las elecciones, aunque elige, con prudencia, una alternativa indirecta que concentra su crítica en el diario *La Mañana*.

Notas finales

En este cuadro de situación, las peculiaridades del proceso político local e imponderables que escapan al análisis político definen el rumbo de los acontecimientos en torno de las elecciones de 1946 que llevan al peronismo al poder.

La coalición peronista local se impone cómodamente en esas elecciones y expresa la heterogeneidad de recursos y tradiciones que ha logrado reunir tras la candidatura de Leandro Meiners para ocupar el ejecutivo provincial. El suicidio de Meiners, antes de que se reuniera el colegio electoral que debía proclamarlo, abre un conflicto por la sucesión que revela el frágil equilibrio interfuerzas, potenciado ahora porque la prueba electoral ha pasado y debe definirse la estructura del poder conquistado.

Luego de un tortuoso proceso que revive las más pícaras tradiciones de la política argentina, la constitución del colegio electoral permite alcanzar un nuevo equilibrio que se expresa en la elección de Waldino Suárez como gobernador. Suárez es un conocido abogado de la ciudad capital, estrechamente asociado a la iglesia, quien ha acompañado al partido laborista como cuadro técnico-profesional de los sindicatos a los que representaba profesionalmente, y ha ocupado cargos en el Estado (asociados a su actividad como letrado) que facilitaron sus relaciones con el campo sindical y con las organizaciones católicas del movimiento obrero.²⁴

El acuerdo logrado para la elección de Suárez sólo permitiría un equilibrio inestable entre las diferentes fuerzas de la nueva coalición dominante, posponiendo la resolución del conflicto interno.²⁵

²⁴ Se desempeñó por muchos años como asesor letrado del puerto de Santa Fe, ocupó la presidencia del Círculo de Obreros Católicos y era apoderado del Partido Laborista desde su constitución. *La Capital*, Rosario, 16/06/1946, también da cuenta de actividades ligadas al ámbito portuario en la ciudad de Rosario.

²⁵ Los primeros años del gobierno peronista local están atravesados por duros conflictos internos y la división partidaria: por un lado, el partido obrero de la revolución (POR), promovido por el gobernador

Si la tradición radical convocada por Meiners en 1945/1946 dotaba al peronismo de un factor político fundamental para hablar en nombre de la democracia, el aporte de la tradición católica, aunque en otro registro, es aún más importante en el clima ideológico de la segunda posguerra.

En el procesamiento de la tradición católica en los años de entre guerras se irá perfilando como uno de sus principales rasgos el “solidarismo comunitarista”: una idea de la solidaridad como respuesta a la cuestión social, pero de una solidaridad que no contemplaba como punto de partida necesario la libertad individual ya que ésta colisionaba con la idea de comunidad. En el enfrentamiento político con la oposición unificada en la tradición liberal democrática, el peronismo cuenta con esa otra tradición con la que puede reclamar el derecho a hablar en nombre de la democracia en una operación que separa a ésta de la noción de liberalismo. Ya para las elecciones de 1946 esa tradición católica le ofrece a Perón una lectura antimarxista del clivaje social que él había contribuido a exacerbar y no puede desactivar si se trata de imaginar la constitución de una mayoría electoral.

Los sectores que se acercan al peronismo emergente con experiencia política, especialmente en el radicalismo, le permiten al nuevo sujeto político convocar a esa importante porción del electorado cuya fidelidad había mantenido al radicalismo por décadas como partido mayoritario. Los sectores referenciados en la tradición católica tienen para ofrecer al peronismo la capacidad de convocatoria a otros sectores, ajenos a las prácticas y tradiciones partidarias aunque no necesariamente al margen de la lucha política e ideológica en la esfera pública. Sectores a los que el activismo católico permite ingresar al territorio de la política en una clave que se presenta como ajena a la política tradicional. La imagen que el peronismo presenta de sí mismo como un sujeto ajeno al mundo político, seguramente deudora de aquélla que le precedió, facilita el acercamiento y el pasaje de cuadros. A la vez, insinúa una nueva fuente de conflicto, que podemos apreciar ya entonces en las actitudes recelosas de ciertos sectores del clero, pero cuyo impacto político se reserva para el futuro.

Suárez; por otro, el partido peronista, encuadrado en la organización nacional. Conflictos que recién alcanzarán un punto de resolución con la disolución del POR, en 1948, la destitución de Suárez por la intervención del gobierno central y el férreo ordenamiento partidario conducido desde el poder nacional, en 1949. Cf. Macor, Darío: “Elecciones, rituales y conmemoraciones en la construcción de la unanimidad peronista”, en *História Unisinos*, Vol. 5, Nº 4, Universidade do Vale do Rio dos Sinos, São Leopoldo, RS, Brasil, julio/diciembre, 2001; también el trabajo de Natacha Bacolla incluido en este volumen.